

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—NÚM. 15

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

30 DE JUNIO DE 1901



¡ESPANTAJOS Á MÍ!

SUMARIO

GRABADOS: ¡Espantados á mí!—D. Leopoldo Alas.—Doña Dolores Gortázar Serantes.—Colegio de Guardias jóvenes en Valdemoro.—Saliendo del puerto.—Faenas campestres.—Esperando.—Nota cómica.

TEXTO: Centro del Ejército y de la Armada.—D. Salvador Giner y la ópera española, por José Salvador.—Un viaje por Asturias, por Juan José López Serrano.—Doña Dolores Gortázar Serantes (biografía). Oligarquía y caciquismo.—Amor y flores, por Doña Dolores Gortázar Serantes.—Menudencias, por Vinagrillo.—A mi sobrina María-Rosa, por E. Ovejero.—Puesta de Sol, novela de Práxedes Zaneta. Lord Byron, por Mariano Miguel de Val.—Banquete —Markheim, traducción de José Guasp.

Centro del Ejército y de la Armada

En nuestro último número no pudo tener cabida la descripción del banquete celebrado en el Centro Militar para solemnizar su fundación, y con el mayor gusto subsanamos esta omisión, dando hoy cuenta de tan agradable fiesta, á la cual concurrieron más de 200 comensales, entre los que figuraban distinguidos generales, jefes y oficiales del Ejército.

Llegada la hora de descorchar las botellas de Champagne, el general Sáenz, en sentidas frases, brindó por la prosperidad del Centro y por su digno presidente.

El general Tovar recordó la fundación, debida á la iniciativa de amigos tan queridos como el Sr. Zancada, secundado eficazmente por la poderosa inteligencia y la gran autoridad que siempre ha gozado entre sus compañeros el Sr. Madariaga, pudiendo considerarse á entrambos como las dos sólidas columnas del Centro Militar, cuyo concurso era siempre indispensable á la existencia de la Sociedad, y terminó suplicando á dichos señores que dejaran oír su voz, que siempre era escuchada con tanta satisfacción por la Sociedad.

Todos los comensales se adhirieron con aclamaciones repetidas á esta manifestación, y el Sr. Zancada se levantó en medio de una salva de aplausos.

Agradezco—dijo—profundamente las cariñosas demostraciones de mi amigo el general Tovar y de todos mis compañeros, cuya bondadosa expectación siento defraudar, pues bien sabéis que no tengo vocación ni aptitudes de orador; pero es la palabra, en casos como éste, un homenaje debido á la amistad y al compañerismo, y no puedo sustraerme á las obligaciones que me imponen las incesantes muestras de consideración que tan inmerecidamente me dispensáis; mucho más conociendo vuestra inagotable benevolencia para conmigo, que me ha servido de poderoso estímulo durante veintidós años, desde que en aquel célebre banquete del Retiro se reunieron un centenar de cariñosos amigos para honrarme y alentarme en la generosa aspiración que allí nos congregaba, de trabajar sin descanso por el enaltecimiento y prestigio de las instituciones militares.

Hoy hace veintidós años que tuvo lugar aquella reunión memorable, en que se echaron los cimientos de esta Sociedad, y al volver la vista á aquellos días, ya tan lejanos, lo primero que acude á la memoria es el recuerdo de tantos buenos amigos como ya han desaparecido de entre nosotros, perdiendo este Centro el concurso de inteligencias privilegiadas y de entusiastas partidarios de esta Sociedad, por la que siempre estuvieron dispuestos á todo linaje de sacrificios.

Enviemos en esta conmemoración nuestros homenajes á aquellos queridos compañeros: al bizarro Sanz Pastor, que puso todas sus energías al servicio de nuestra naciente idea; al ilustre Vidart, literato esclarecido, investigador constante de nuestras pasadas glorias; á Muñiz y Terrones, estudioso comentarista de nuestras ordenanzas; al notable historiador militar Hernández Raimundo; al cronista y erudito biógrafo Arturo Cotarelo; al bondadoso Santelices, entusiasta é inolvidable colaborador de la organización de esta Casa; al sabio Berenguer; al perseverante y dignísimo contralmirante Montojo; al caballeroso general Valmaseda, al infatigable organizador Salamanca; al eminente general Ibáñez; al noble y bondadoso Castillo, defensor de Bilbao; al insigne Dabán, y á tantos ilustres generales, jefes y oficiales como han coadyuvado á esta noble empresa, que puede decirse es la obra de toda una generación.

De aquella pléyade de notables jefes y oficiales que constituían el núcleo intelectual del Ejército y que se reunieron en el salón persa del Retiro (que tampoco existe ya), sólo queda una exigua pero lucida representación. Viven aún, por fortuna, los estimables generales Echagüe, César del Villar, Tovar, Llorente, Aizpurúa y Nicolás del Rey; el escritor y tratadista de milicia Cándido Varona; el eruditísimo y modesto Barado; el abnegado explorador Bonelli; el ilustrado La Iglesia; el profundo sociólogo y elegante escritor Alfonso Ordás; los inspirados poetas Alvear y Ortiz de Pinedo; el coronel Benítez Parodi, que al celebrarse el banquete del Retiro, era una esperanza y es hoy una lisonjera realidad, honra del Ejército español; Juan Madariaga, el laureado biógrafo de Santa Cruz de Marcenado; los ilustrados marinos Fernández Duro, Jacomé, Vahamonde y Torrelló; el distinguido escritor Jacinto Hermúa; el publicista inteligente y laborioso Emilio Prieto; los distinguidos jefes Segura, Romero Marchen, Ra-

mis, Barutell, Ferreras, Ramos, Díaz, Valdés Segui, Palacios, Lagarde Ortega y nuestro queridísimo compañero Federico Madariaga, el orador incomparable y brillante y el cerebro mejor organizado del Ejército.

No es sólo á los fundadores á quienes toca recordar en esta ocasión solemne, sino á todos los que después han prestado su decidido y valioso concurso, entre los que sería injusticia notoria olvidar al distinguido Arroquia, cuya reputación ha pasado las fronteras; al general Castro, á cuyo tesón y perseverancia se ha debido que este Centro dominase la crisis que habia puesto en grave riesgo su existencia, y en cuya labor fué dignamente secundado por generales tan ilustres como Aznar, Martínez y Sáez, al ilustrado comandante de ingenieros D. Juan Montoro, autor de los proyectos de decorado y reformas en el edificio, mereciendo también mención muy especial la labor realizada desde las Juntas directivas en diferentes épocas por generales tan esclarecidos como Balmaseda, Linares, Loño, Moltó, Pando, Ortega, Luque, Ríos, Riquelme, Burgos, Ordóñez, Segura, España, García Romero, González Muñoz, y por jefes y oficiales tan distinguidos como Pío Suárez Inclán, Juan Valdés, Ibáñez Marín, Martín Arrúe, Bonafós, Vinuesa, Nieves Segura, Ferreras, García (D. R.), Cantareno, Sanchis, Piñal, Cabanyes, Oliver, Copons, Baeza, Cano, Espina, Olive, Argüelles, y tantos otros que han prestado á esta Sociedad inapreciables servicios.

Plausible por todo extremo ha sido la idea de celebrar fecha tan memorable en los fastos de esta Casa, pues todas las instituciones que tienen arraigo y honrosas tradiciones celebran con gran solemnidad todos los años la fecha de su fundación, y pocas Sociedades habrá en España que puedan ostentar títulos tan honrosos como los que constituyen los blasones de esta Casa; pues bastaría para confirmar la más noble ejecutoria aquel rasgo de noble abnegación con que se desprendió de todo su capital, consistente en 40.000 pesetas, para entregarlo á la suscripción nacional, abierta con el fin de arbitrar fondos para remitir elementos de guerra á los Ejércitos que combatían en nuestras guerras coloniales.

Además de esto, cuando patrióticas previsiones pedían la reconstitución de nuestra Armada el año 85, salieron de este Centro los primeros gritos de alarma, y uniendo la acción á la palabra, se organizó una suscripción con cuyos productos se construyó un barco que, con el nombre de *Ejército*, aun forma parte de nuestra escuadra, habiendo tenido la fortuna de salvarse de las catástrofes que hundieron nuestras naves en el fondo del Océano.

En estos salones se celebró un notable Congreso militar, al que concurrieron las más grandes ilustraciones del Ejército y del país, estableciéndose las bases para la codificación de las leyes de la guerra.

Aquí se ha acogido siempre con calor y simpatía todas las ideas encaminadas á enaltecer al Ejército, habiéndose glorificado aquí la memoria del marqués de Santa Cruz de Marcenado, llevando á cabo su Centenario con una solemnidad no conocida hasta entonces, tratándose de sucesos de esta índole; aquí encontraron campo abonado para sus patrióticas iniciativas los distinguidos escritores Berenguer é Ibáñez Marín, en su noble propaganda para la erección de un monumento al teniente Ruiz; aquí, en nuestra tribuna, se han dado conferencias sobre todos los asuntos que interesan á la organización militar, de las que hubieran podido sacarse muy saludables enseñanzas; aquí encuentran medios de preparar á sus hijos para la carrera de las armas las familias agobiadas por múltiples obligaciones, y aquí se procura fomentar todo género de instrucción y de adelantos, flotando en este ambiente siempre un espíritu de abnegación y de generosidad propicio á recibir toda idea beneficiosa al Ejército ó á la Patria.

Todos estos títulos y otros muchos que harían prolijo é interminable mi ya demasiado *lato* discurso, justifican bien los derechos que esta Sociedad uene adquiridos á toda clase de respetos y consideraciones, y parece oportuno que en estas solemnidades en que se hace el balance del haber de una institución, ostentemos con orgullo estos nobles hechos del Centro del Ejército y de la Armada para afirmar su personalidad y su derecho á la vida.

Cierto es que en esta, como en toda institución humana, hay siempre algo que mejorar, pues no hay ser ni organismo que nazca perfecto, habiéndose sometido nuestra existencia á esta ley ineludible, y debe considerarse que el espacio de veintidós años en la organización de una Sociedad de resortes tan complejos como esta, representa mucho menos que el periodo de la lactancia de la criatura humana, y que cualquier deficiencia puede excusarse, sobre todo si se tiene en cuenta que sólo á la iniciativa individual se deben los resultados hasta hoy obtenidos, sin que el Estado haya prestado el poderoso concurso que á estas instituciones se presta en otras naciones, y aun en nuestro país, donde todas las organizaciones similares, como el Ateneo de Madrid, el Fomento de las Artes, la Sociedad Geográfica, la Asociación de la Prensa y otras de diversa índole cuentan con subvenciones y con el apoyo del Estado.

Hemos luchado con las dificultades inherentes á obra tan difícil durante este primer periodo, en que

el sólo hecho de haber defendido la existencia representa un gran paso, pues se ha hecho frente á los gastos de una costosa instalación, en la que se ha mirado con preferencia siempre el desarrollo de la sala de armas y de la biblioteca, que, sin exageración, podemos afirmar que son las mejores de España, satisfaciéndose los compromisos creados para atender á estas obligaciones y quedando en caja una cantidad respetable para hacer frente á las necesidades del porvenir.

Todo esto se dice muy pronto; pero ¡cuántas luchas, cuántas complicaciones, cuántas amarguras, cuántas dificultades hay en el áspero camino que no pueden ser ni siquiera apercibidas por los que viven alejados de estos movimientos de concentración, de energías y de fuerzas sociales, tan difíciles en nuestro país, por el temperamento individualista de la raza y por la índole de nuestra educación, completamente refractaria á estas combinaciones de esfuerzos y á estas transacciones, contrarias á nuestros espíritus indomables é intransigentes!

El medio ambiente es completamente hostil á estas instituciones. Desconfían los de arriba de la moderación y de la disciplina de los de abajo, y temen éstos ser objeto de imposiciones y excesos de autoridad de los superiores; se acechan los iguales por ambiciones que á veces traspasan los límites de toda conveniencia, y sólo á costa de grandes esfuerzos por parte de espíritus abnegados ha sido posible llegar al término de esta primera etapa en la vida de la Sociedad.

Preciso es que, haciéndose cargo de estas dificultades, la juventud que recoge esta herencia que la entregamos, multiplique su esfuerzo para dominar estos inconvenientes y seguir en demanda de los ideales acariciados por los entusiastas fundadores de este Centro; porque si hemos de vivir en el concierto de las naciones civilizadas, son indispensables organismos como este, que cumplan su misión educadora, que ejerzan á la vez una acción tutelar sobre los asociados, procurando la unión y vigorizando los resortes necesarios á una sólida institución militar; cumpliéndose al propio tiempo esa ley natural de selección á la que están llamados estos organismos, donde se llegan á conocer en todo su valor las cualidades individuales, pudiendo éstas ser utilizadas de un modo adecuado y facilitando á los poderes públicos el esclarecimiento de las aptitudes; pues sólo poniendo en ejercicio estos tribunales de opinión, podrá ésta prepararse para premiar en su día con fallos oportunos y justos á los mejores y conseguir que la dirección de los Ejércitos se confíe á los que sean capaces de responder á las esperanzas de la Patria.

Todos venimos obligados á cooperar en la medida de nuestras fuerzas al fin social, y debemos huir del punible abandono y de la indolencia que ha traído sobre la Patria tan hondas tristezas; y en este concepto es de esperar que esta juventud animosa é inteligente prestará su decidido concurso á esta noble empresa; pues creedlo firmemente: si por desmayos ó temeridades llegara un día que corriera peligro la existencia de esta Sociedad, se habría atentado á algo íntimamente ligado á la existencia nacional, y al desaparecer un organismo que ha sido el punto de convergencia de tantos nobles anhelos, de tantas risueñas esperanzas, se demostraría nuestra incapacidad para toda empresa noble y levantada, justificando esas notas sombrías y pesimistas que se ciernen sobre esta Nación desventurada.

Debemos, sobre todo, combatir el error, bastante extendido, de que estas instituciones puedan en ningún caso constituir un peligro social; son, por el contrario, como reconoció en diferentes ocasiones el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo refiriéndose á este Centro, poderosos auxiliares del Estado, á cuya vida y regular funcionamiento son indispensables en la vida moderna estos organismos intermedios entre los poderes públicos y las colectividades, que cumplen fines necesarios en la dinámica social.

Reputamos, pues, como un error funesto todo acto que conduzca á debilitar el prestigio de esta Institución y entorpecer su marcha, y no insistiremos nunca bastante recomendado á nuestros estimados consocios la mayor moderación y el celo más exigente para procurar por todos los medios que la Sociedad se desenvuelvan dentro de los principios de un gran respeto á los poderes públicos y á todas las Instituciones del país, y encaminando todos sus actos á la instrucción y el engrandecimiento de las Instituciones armadas.

* *

El Sr. Madariaga habló á continuación del Sr. Zancada, que terminó su discurso entre nutridos aplausos.

Imposible describir la ovación que se tributó á Madariaga. A cada final de período, se le dieron las mayores muestras de entusiasmo y cariño.

Federico Madariaga fué, en fin, aplaudidísimo, y entre otros admirables períodos, que fueron constante objeto de una ovación extraordinaria, dijo en síntesis:

Por la presidencia de este Centro han pasado generales tan ilustres como Ibáñez, Castillo, López

Dominguez, Conde de Valmaseda, Salamanca, Santelius y otros. Nuestros reyes, nuestros principales políticos y extranjeros notables, se han dignado visitar este Centro.

Y cuando alguna noble pasión ó alta idea ha producido una forma cualquiera de agitación extraordinaria, el pueblo ha venido á las puertas de esta Casa, considerándola en cierto modo como un símbolo de todas las fuerzas que más directamente interesan á la dignidad nacional y á la integridad de la patria.

¿Y por qué es esto?
Porque desde su fundación, este Centro no ha dejado de servir un instante á las ideas más generosas, ya iniciándolas, ya estimulándolas, por todos los medios de acción más poderosos y eficaces. «No hay escuadra», confesó un triste día nuestro ministro de Marina y alguien que no he de nombrar por los lazos que á él me unen; pero á quien no debo dejar en olvido, inició aquí un movimiento de opinión que dió por primer resultado para el material de nuestra Armada un crédito extraordinario.

Otro día se dijo: hay que estrechar lazos con nuestros hermanos de América. Y en seguida se organizó y se celebró aquí aquel notabilísimo Congreso militar hispano-americano, en donde los Sres. Suárez Inclán, Canalejas, Barbasán, Muñiz, Alas, Ordás, Díaz Benzo, y tantas otras voces de distinta, pero gran competencia en cada caso, comprobaron la constante tendencia de este Centro al estudio de todo cuanto para vivir y prosperar necesita ser concertado y orientado en un alto fin de justicia y bienestar general.

El Congreso naval aquí se celebró, y de aquí recibió cariñoso concurso. Y la tan imperiosa necesidad de instrucción, ha sido aquí siempre satisfecha con numerosas cátedras y brillantísimas veladas, donde no sólo se mantiene ya viva como fuego sagrado la unión de clases, sino la unión dentro de cada clase, esa unión que yo no me cansaré nunca de recomendar como la mejor profilaxis de todo orden social.

El «Centro Militar», ha, pues, intentado y realizado las más nobles empresas; pero nuestro incansable afán de perfección, nos descubre en esta, como en todas las cosas de este mundo, oscuridades, manchas.

Que escudriñando se podrán encontrar defectos ¡quién lo duda! No hay luz sin sombras; pero enfrente de esos defectos puede oponerse su larga historia y los grandes servicios prestados.

En último término téngase en cuenta que si al tosco trabajo del alfarero, destinado á fines industriales, le afean los chafarrinones de color con que intenta embellecerlo, en cambio el inquieto lápiz del colegial que trazara figuras obscenas sobre el torso del Moisés de Miguel Angel, no disminuiría en lo más mínimo el prodigioso efecto de aquella portentosa obra del coloso del arte. (*Grandes y prolongados aplausos*).

El teniente coronel de E. M. Sr. Moriano, brindó por que se cumplan en todo los atributos de la mayor edad á que ha llegado el Centro, sustrayéndose á toda extraña influencia y á toda dirección que no concuerde con la soberanía de la Sociedad, la que seguirá siempre rindiendo culto á las grandes aspiraciones del Ejército.

El comandante de Inválidos Sr. García, dedicó recuerdos á la mujer española, compañera del soldado en sus vicisitudes é infortunios; y por último, el general Ríos dió por terminado el acto con elocuentes y patrióticas frases encaminadas á recomendar la unión y la armonía, cerrando brillantemente esta fiesta conmemorativa con vivas al Rey, á la Patria, al Ejército y á la Armada.

Giner y la ópera española

El acontecimiento artístico que tiene lugar en Valencia con las representaciones de las obras de Giner, influirán notablemente en nuestro desenvolvimiento musical.

Fuera de alguna que otra tentativa más ó menos afortunada, la ópera española es un problema á resolver.

Ahora que los maestros españoles se proponen regenerar nuestra lírica escena, es de gran importancia la labor de este maestro, que es la más completa que se ha efectuado en España.

Giner no ha necesitado estímulos de ningún género, ni se ha propuesto fundar la ópera nacional: ha escrito porque así lo ha sentido, por satisfacer las exigencias de su temperamento y sin esperar quizá á ver representadas sus obras: su mayor enemigo es su modestia; sus obras no se hubieren representado si no es por su discípulo D. Vicente Sánchez Torralba, que con una fe inquebrantable, con un entusiasmo desmedido y un desinterés que le honra, ha acometido esta empresa.

Giner tiene escritas un crecido número de obras de todos géneros, y en todas sobresale su personalidad como compositor que domina el tecnicismo que

le permite dar más realce á su inspiración; ha marcado con firmeza la senda por la cual han de caminar los compositores españoles para implantar la ópera española.

La raza latina, llena de pasión, fuego y vivacidad, aunque admire el vagnerismo, no puede asimilarse sus procedimientos sin perder su personalidad.

Comprendiéndolo así Giner, su música se acerca más á Verdi en sus últimos tiempos: su melodía se mueve con nobleza, amplitud, naturalidad y sencillez, dibujando con sobriedad y ajuste los diversos caracteres musicalmente considerados, y con una expresión justa y persuasiva en la idea musical relacionada é íntimamente unida á la palabra.

La orquesta, vigorosa y rica en efectos, no se confunde nunca con la parte cantada ni disminuye su interés; emplea Giner los nuevos procedimientos, pero no se deja arrastrar por extravagantes y sistemáticos modernismos.

Bajo la dirección del Sr. Sánchez se han representado las cuatro obras sin regatear ningún elemento y confiando su desempeño á verdaderos y notables artistas.

El soñador, *El fantasma*, *Morel* y *Sagunto*, son los títulos de las obras estrenadas y que han puesto de relieve las simpatías que cuenta Giner en Valencia, recibiendo en las representaciones muchas muestras de cariño.

Sin embargo, la primera y última son dos obras de grandes vuelos, y su éxito ha sido completo y merecido; las otras dos también han sido un éxito, mas sus libretos no se prestan tanto á que se luzca el músico.

Un aplauso á su autor por el entusiasmo que siente en pro del arte patrio, que hacemos extensivo al señor Sánchez, director de la primera gran compañía de ópera española y á los artistas que han tomado parte.

Giner conserva todas sus energías físicas é intelectuales; así es que no es aventurado afirmar, y así

se le debe exigir, escriba más para mayor gloria del arte músico español.

JOSÉ SALVADOR.

Un viaje por Asturias

II

CLARÍN

El que en su vida terrestre se llamó Leopoldo Alas, el que hizo famoso en toda Europa el conocido pseudónimo de *Clarín*, descansa ya el sueño eterno.

Apóstol de las buenas doctrinas, fué, más que otra cosa, un profundo filósofo, que se dedicaba con entusiasmo á la eterna cuestión que desde siglos ha hecho sentir tremendas conmociones á la humanidad toda: á la cuestión social.

Reciente está en la memoria de todos su generosa intervención cuando las pasadas huelgas, ahorrando con su inteligencia días luctuosos para la hermosa Asturias.

Novelista fecundo, autor celebrado y cuentista famoso, sus obras fueron, son y serán, el modelo á que deben ajustarse las buenas producciones.

Sus escritos revelan una profundidad de conocimientos, un dominio completo del idioma y una imaginación soñadora, amante de la verdad.

Clarín, por algunos que experimentaron las energías de su crítica bibliográfica, es injustamente censurado. ¡Poco valdrían las reputaciones de esos literatos que desaparecieron de la lista de escritores al solo esfuerzo de *Clarín*!

Deuda de gratitud me une con su nombre. Uno de sus últimos trabajos *críticos* tiene el defecto de tributar inmerecidos elogios á mi pobre producción *Un libro más*.

El vulgo olvidará, tal vez, á Leopoldo Alas; pero sus obras se leerán siempre. Su cuerpo se convertirá en polvo, fin de la materia; pero su espíritu vivirá la existencia de lo eterno. El, que en sus mocedades llegó á dudar de la preexistencia de una sublime religión, comprendió su error en el ocaso de la vida, se humilló ante la Iglesia y creyó en Dios.

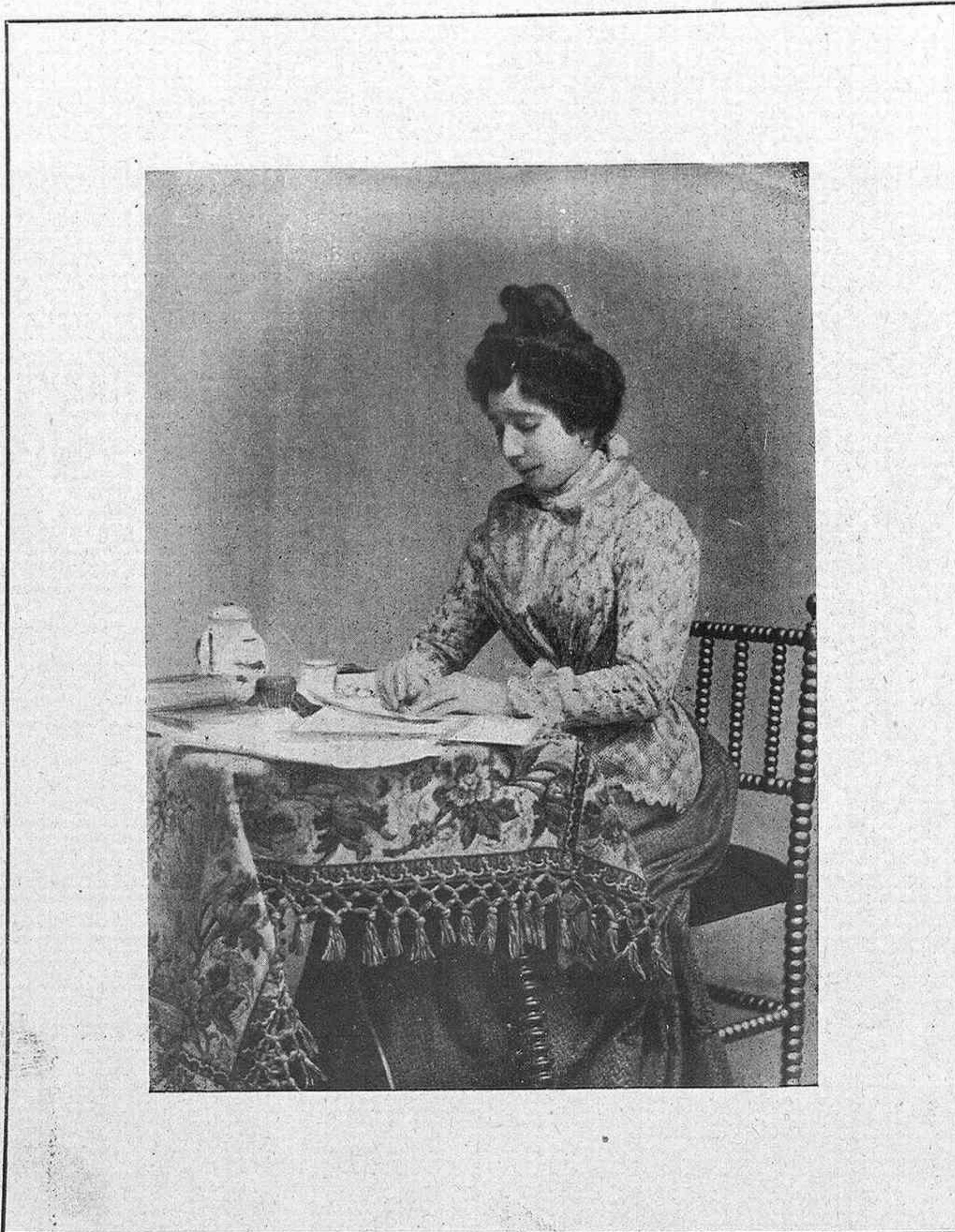
Perece la materia, desgájase lo existente y desaparecen los seres; pero la fama, que lleva consigo los laureles de la gloria, esa no desaparece jamás. Por eso el nombre de *Clarín* vivirá eternamente.

JUAN JOSÉ LOPEZ-SERRANO.

Oviedo, Junio 1901.



DON LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)



DOÑA DOLORES GORTÁZAR SERANTES

Doña María de los Dolores Gortázar Serantes de Cadórniga, es oriunda, por línea paterna, de ilustres familias de Santander y Vizcaya, y por la materna de nobilísimas ramas que conservan en su ejecutoria timbres gloriosos heredados de los Reyes de Galicia y León, hallándose emparentada con varios títulos de Castilla.

Hizo sus estudios la joven poetisa en el colegio de Carmelitas de León, donde descollaba siempre por su talento extraordinario, por su carácter dulce y angelical y bondad de corazón. A los diez años compuso la primera poesía, y á los trece un juguete cómico que se representó en el teatro del colegio con mucho éxito. A los quince años contrajo matrimonio con D. Fernando Valcárcel Saavedra Fajardo Ladrón de Guevara, el que falleció á los treinta de edad, después de padecer una terrible demencia. Viuda la señora Gortázar á los veintitrés años, habiendo sido una esposa modelo, para distraer sus penas se dedicó con entusiasmo á la literatura, publicando varias obras en prosa y en verso, que fueron recibidas con aplauso. En la Normal de León se hizo maestra superior, en un solo curso, obteniendo doce sobresalientes.

En los Juegos florales que se celebraron en la antigua León cuando la conmemoración del VI centenario de Guzmán el Bueno, presentó su traducción de *Arte poética*, de Horacio, trabajo que no estaba en el programa, y que por unanimidad, reconociendo su mérito, le adjudicó un premio el jurado, presidido por el ilustre literato D. Emilio Ferrani. Esta hermosa traducción fué examinada por el insigne Castelar, que prometió á su autora gran nombre y mucha gloria cuando la diera á luz. Recientemente acaba de publicar la distinguida maestra su *Arte poética*, que ha recibido, con justicia, los elogios entusiastas de las personas doctas y de la prensa, que admiran la fluidez, elegancia, sencillez de estilo y delicadeza de la versificación castellana de esta nueva traducción, que supera á las que se han publicado. En ella revela la señora Gortázar su profunda

erudición en el magnífico prólogo que la precede y el gran conocimiento que tiene, la bella traductora, del latín.

En verdad, causa asombro que una mujer maneje con tal perfección una lengua muerta, y más cuando en España se tienen casi olvidados los estudios clásicos, y que es difícilísimo traducir á Horacio, y es una muestra de arrojo traducirle en sueltas redondillas, endecasílabos y verso libre, como lo ha hecho la insigne latinista, gloria del Magisterio español y acreedora á ocupar uno de sus primeros puestos. Realza el talento de la noble leonesa su modestia exagerada y un carácter sencillo, tierno y bondadoso que la captan las simpatías de todo el mundo. En este país, donde hay, por desgracia, tantas escritoras desvanecidas y pedantes que para leer sus insulsas obras de estilo rebuscado y frases extravagantes se necesita tener el Diccionario en la mano; cuando, por rara excepción, aparece una escritora de mérito y talento excepcional como la señora Gortázar, debe el público ilustrado acogerla con justicia y rendirla el tributo merecido.

Reciba la inspirada poetisa y eximia literata nuestra sincera enhorabuena, y que el drama que tiene concluido la conquiste nuevos lauros para orgullo de España.

“Oligarquía y caciquismo,”

Ha terminado ya en el Ateneo de Madrid la brillante información que, gracias á la feliz iniciativa de D. Joaquín Costa, hizo que la docta casa de la calle del Prado se viese llena de un público ávido de escuchar la voz elocuente de los notables oradores que han informado sobre tan interesante tema.

Y es bien de notar que ese público numerosísimo no ha acudido ciertamente movido ni incitado

por la prensa popular que ha concedido poca ó ninguna atención á tales debates, sino que, guiado de su buena voluntad, ha deseado conocer todos los aspectos del problema nacional é ilustrarse sobre los arduos puntos que lo informan.

Porque era un error profundo creer que la discusión sobre un tema de la altura y trascendencia de «Oligarquía y caciquismo» pudiera haberse reducido á límites estrechos, que sólo la anatemática del cacique iba á constituir el asunto y objeto de toda la información, y que no iban á tratarse, como consecuencia lógica y necesaria, todas las cuestiones políticas que se agitan en el seno de la nación española, todas las causas de nuestra prostración y decaimiento y todos los motivos de nuestros errores nacionales.

Ha sido, pues, la discusión de «Oligarquía y caciquismo» la del problema político de nuestra patria en toda su pavorosa complejidad, y al abandonar la prensa popular toda reflexión y estudio sobre materia de interés tan vital ha faltado á su deber, á ese deber primordial suyo de hacer ciudadanos conscientes y reflexivos, agentes ejecutores del derecho, que no se dejan oprimir por el oligarca ni atropellar por el cacique.

Podremos estar ó no conformes con todas las apreciaciones que emitía en su maravilloso informe el Sr. Costa; pero por distante que se esté de sus ideas, y no lo estamos nosotros sino en lo accidental, hay que reconocer en el Sr. Costa un noble patriotismo y un laudable y generoso desinterés.

El Sr. Costa ve los peligros que asedian á esta desgraciada nación, la ve próxima á sucumbir por la ineptitud y las miserias de los hombres públicos, y alza su voz vibrante y enérgica apostrofando á los causantes del desastre y de la deshonra...

Han tomado parte en la discusión de «Oligarquía y caciquismo», con su palabra ó con su pluma, los Sres. Sanz Escartín, Maura (Antonio), Unamuno, Alas, Canals, Royo Villanova, Manaco, Rocatallada (Manuel), conde de Casa-Valencia, Capdepón, Ripollés, Bonilla, San Martín, Luis Navarro Primitivo Ayuso, Sixto Espinosa, Bernardo de Quirós, Mané y Flaquer, Pedro Dorado, Rahlao (D. F.), Pi y Margall, Pella y Forgas, Casaña, hermanos Alcubilla, Isern (D. Damián), Ricardo Rubio, por el Círculo Industrial de Madrid, Cámara Agrícola del Alto Aragón, Fernández Alcázar (D. Basilio), Valentín (D. Ignacio), Conde y Luque, Solsona, Picón (D. J. O.), Salillas, Becerro de Bengoa, Espina y Capo, Alfonso González, Botella, Fernando Lozano, Fernández Prida, Cámara Agrícola de Barbastro, Orti y Lara, Ovejero, Pompeyo Jener, Romero de Almazán, Francos Rodríguez y Piernas Hurtado. Posteriormente se han recibido los dictámenes del Sr. Gil Robles y de doña Emilia Pardo Bazán, y habían prometido escribirlos los Sres. Sales y Ferré, Dato, Ugarte y Alfredo Calderón... Como se ve, las más ilustres personalidades de la política, de la prensa, del foro y de la cátedra.

Con todas estas opiniones se hará un interesante libro que será de gran resonancia y trascendencia. De él nos ocuparemos extensamente. Este libro que será de gran resonancia y trascendente como correspondía á la seriedad de la casa. Alguna nota hubo discordante, pero no descompuso el conjunto.

El Sr. Costa ha acreditado una vez más su sincero patriotismo, su cultura extraordinaria y su honrada buena fe.

Amor y flores

SONETO

Quando tiende la nieve el frío manto
y tapiza de armiño la pradera,
se marchita la flor que hermosa fuera,
orgullo del pensil y bello encanto.

En negro desengaño y triste llanto,
de amor parece la ilusión primera;
alegre resucita primavera
cuando entonan las aves dulce canto.

Y tornan á brotar hojas y flores,
se viste el prado de esmeralda y grana
y esencia pura de ambrosía emana;
así en el corazón, tras los dolores
vuelven á retoñar nuevos amores,
y el alma de ilusiones se engalana!

DOLORES GORTÁZAR SERANTES.

Menudencias

Y sucede que hay muchos, muchísimos españoles que no saben á qué gramática quedarse.

Los que se atterdan de Murat, prefieren la inglesa; los que aún tienen en la memoria á Nelson, optan por la francesa; y los que no piensan en el uno ni en el otro, lo mismo les dá estrechar la mano á Rochefort que á Cecil Rhodes.

Yo no sé qué decir; pero reconozco que hay motivo más que suficiente para estar pensando á todas horas en *Santa Perpleja* y en *San Vacilante*.

Porque de las alianzas se puede pensar lo que pensaba de las porterías el guardia de *Pepa la frescachona*: tienen sus ventajas y sus inconvenientes.

Con respecto á España, las ventajas tal vez serían pocas y en cambio podrían ser muchos los inconvenientes.

Fuerza será, sin embargo, que salgamos de nuestra *apoteosis* y pensemos en encomendarnos sin perplejidades ni vacilaciones á *Santa Decisión*.

Una santa que los españoles tenemos muy olvidada, con grave riesgo para nosotros.

Mirémonos si no en el espejo del pueblo boer, y veamos lo que le está costando á Inglaterra la devoción que De Wet y los que le siguen tienen á la santa arriba mencionada.

Hay, pues, que decidirse, y una vez que Genaro Alas pide (y yo con él) que se exteriorice la opinión en las cuestiones internacionales, dejando de ser patrimonio exclusivo de diplomáticos y gobernantes, urge y urge mucho que cada hijo de vecino exponga la suya.

Y ojalá que todos opinemos lo siguiente: permanecer metiditos en casa, arma al brazo y ojo avizor, y no abandonar esta actitud hasta que nos obligue la necesidad ó la conveniencia.

Tal vez adelantándose á los sucesos, han optado Robert, Rusiñol y compañeros mártires por las dulzuras del hogar.

Marea tanto este Madrid, que no hay cráneo que le resista.

Mucho menos, si ese cráneo se ha desarrollado en Cataluña.

Ora con pasto de *La Veu*, ora con música de *Los segadores*.

Pero Robert y los suyos volverán.

Y una vez vueltos, podremos cerciorarnos de la cantidad de substancia gris que tienen almacenada en sus respectivos caletres.

Y ellos se convencerán á su vez de que en Madrid nadie se come á nadie.

¡Como que dan ganas de someterse á dieta voluntaria!

Porque aquí ni la carne es carne, ni la leche es leche, ni el pan es pan, ni el vino es vino.

Todo se adultera.

Hasta las verbenas, que han sido por espacio de muchos años el orgullo de los madrileños.

José Nogales acaba de descubrir que en esas fiestas sólo hay ruido que molesta, humo que empalga, candiles apestoso, hortensias descoloridas, geráneos tísicos y albahacas liliputienses.

Sólo le ha faltado agregar que las madrileñas son las mujeres más *patosas* que hay en España.

Y pensar que si no existiera Madrid aún estaría el autor de *Las tres cosas del tío Juan* encerrado en el capullo de lo desconocido!

Para bríos los de Silvela.

El hombre se ha erizado y se ha atrevido á decir lo siguiente, ante la propia nariz de Sánchez Leca: «De aquí en adelante, la reorganización del partido se hará sobre la base del reconocimiento concreto de mi jefatura única».

Y el que no esté conforme que levante el dedo. Presintiendo este arranque de don Paco, debió escribir Donoso Cortés aquello de:

«No hay más que yo: dobléguense las leyes ante la ronca voz de mis legiones; romperé el áureo cetro de los reyes en su espantada frente á las naciones».

No hay más diferencia que la distancia que media entre Silvela y Napoleón.

**

El que no dice esta boca es mía, es don Práxedes.

¿Que lo de Marruecos se pone feo? Se rasca la barba.

¿Que en las campiñas andaluzas se forja el rayo? Bosteza.

¿Que los catalanistas reniegan? Sonríe.

¿Que la cuestión religiosa se agria? Se encasqueta el gorro y á dormir.

Ni el matrimonio de la Coruña le ha quitado el sueño.

Se asegura que ni siquiera se le ha ocurrido exclamar:

¡Pero para qué se habrán casado esas dos hembras!

En cambio yo, no ceso de preguntármelo.

Y continúo sin poderme contestar.

**

Habíamos quedado en que el tiro de guerra era un ejercicio utilísimo para la patria.

Tal vez por eso la Sociedad del Tiro Nacional se va á quedar sin campo para que sus socios se ejerciten.

Porque según se dice, molesta á alguien el que esos certámenes patrióticos se celebren en la Moncloa.

Y se van á correr las órdenes oportunas á fin de que la Sociedad del Tiro se vaya con la música á otra parte.

En cambio va á circular en breve por la calle del Barquillo el tranvía eléctrico.

En cuya calle, habrá necesidad de establecer media docena de gabinetes médicos por lo menos.

Y una docena de Agencias fúnebres.

Peró el tranvía circulará á ciencia y paciencia de los vecinos que tantas veces han protestado.

Hay, sin embargo, un medio eficazísimo para que los tranvías no circulen.

Pongámonos de acuerdo todos los madrileños, renunciemos á utilizar el tranvía en cuestión y se acabarán las protestas, los peligros y los abusos.

Peró ya verán ustedes cómo nos apresuramos á que nos aplaste un coche gris.

Cada madrileño lleva un Tancredo dentro de su pecho.

Y lo demuestra saliendo á la calle, sabiendo que corre el riesgo de no volver á su casa vivo.

O por lo menos completo.

VINAGILLO.

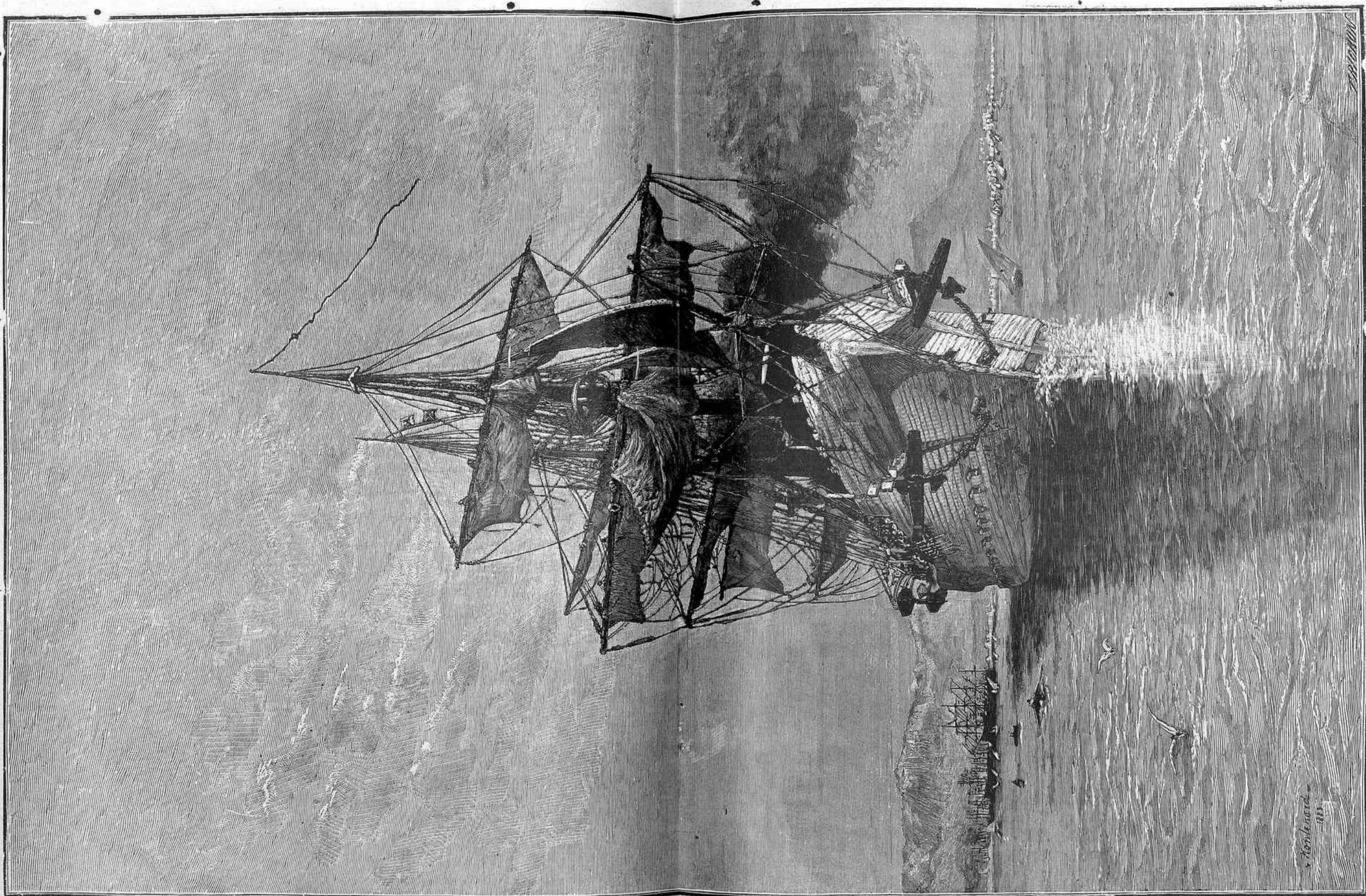
E. OVEJERO.

A mi sobrina María-Rosa

Sí, eres muy bonita; Dios es testigo de que es la vez primera que te lo digo. ¡Qué gusto da mirarte! Mas ten presente que en un libro muy viejo, que nunca miente, esta verdad entre otras he visto escrita: «Lo mismo da ser fea que ser bonita». Y aunque esto no lo entiendes porque eres niña, cuando ese pelo rubio la edad destiña y se adornen tus sienes de hebras de plata, ya me dirás entonces, cuerda y sensata, aunque muy doloroso decirlo sea, que es igual ser muy guapa que ser muy fea. Si sigues mis consejos, María-Rosa, no te hagas presumida ni vanidosa, que aunque seas bonita, nuestro pellejo es un vestido nuevo que se hace viejo, y sólo queda al cabo de la jornada un alma virtuosa limpia y honrada. Al ver que ya termina tu adolescencia, y que tocas los lindes de la inocencia, y que como al trabajo la edad te empuja, dejando los juguetes coges la aguja, y sin hacer ya caso de la muñeca, las flores de los hombres te ponen hueca, y al salir los claveles no se te olvidan, porque estás deseando que te los pidan; al ver, en fin, que el mundo ya te recibe y que en su libro negro tu nombre escribe, tiemblo lleno de espanto, sobrina mía, sin hacer ningún caso de tu alegría, porque ¡ay! están dispuestas tantas pasiones á clavar en tu pecho sus agujones... Pero en fin, por de pronto tú eres muy buena y tienes de ilusiones el alma llena, carga de cuyo peso de cuando en cuando una mano invisible te irá aliviando. Yo te auguro mil dichas inesperadas, pues nunca las que esperes verás logradas, y si mucho le rezas á San Antonio, verás qué pronto te unes en matrimonio con un chico muy guapo si no es muy rico, y que será un talento si no un borrico; y en fin, serás dichosa completamente cuando de un hijo tuyo beses la frente, sintiendo estremecida con aquel beso ese mar de ternuras, ese embeleso, ese placer que abjura de los placeres lo más santo y hermoso de las mujeres! Entre tanto, hazme caso, María-Rosa: no seas presumida, ni vanidosa, y siempre que te mires en el espejo que suene en tus oídos este consejo: La pasión del orgullo vencer procura y no te acuerdes nunca de tu hemosura; hermosura que brilla como del cielo las estrellas que prenden el terciopelo, y que á los mozalbetes desocupados no extraña que los traiga desazonados, pues hasta yo, muchacha, que soy tu tío, que casi de los viejos siento ya el frío, que no creo en amores ni en nada creo, me pongo colorado cuando te veo.



COLEGIO DE GUARDIAS JÓVENES EN VALDEMORO



SALIENDO DEL PUERTO

PUESTA DE SOL

NOVELA ORIGINAL DE PRÁXEDES ZANCADA

I

Llegó Juan á Madrid una mañana primavera. fresca y agradable, en que el ambiente estaba impregnado de una suave dulzura y el cielo se ofrecía diáfano y puro.

Animado de risueñas ilusiones, y con esa confianza de la juventud en el porvenir, venía de su pueblo, pobre lugarejo de Galicia, á tomar posesión en la villa y corte de una plaza de médico municipal, conseguida merced á las influencias de cierto cacique, algo pariente suyo, muy ducho en las artes políticas y servicial como él solo para deudos y amigos.

Era Juan un hombre de unos veinticinco á treinta años; de ojos negros, brillantes, y que descubrían la condición fogosa de su dueño; barba naturalmente rizada, tez morena, y en general de simpático aspecto, lleno de agrado.

Nadie le esperaba en la estación, casi solitaria en aquella hora matutina. Por casualidad había un se-



ñor conocido suyo, al que saludó. No había avisado su llegada, procurando evitar un madrugón molesto á los que hubieran salido á recibirle.

Juan cogió su ligera maletilla de mano y subióse á un coche de punto, dando las señas de la casa á que iba.

La primera impresión que Madrid le produjo, fué una mezcla confusa de contento y disgusto. El palacio real se alzaba majestuoso y soberbio sobre la verde extensión de una floresta amena, mostrando arrogante, como un atleta, su torax, la serie de sus balastradas de piedra y sus jónicas columnatas. El sol, reverberando sobre sus muros, le daba un aspecto alegre, jubiloso, y en las espesas arboledas los pájaros entonaban regocijadamente gratas canciones. La campiña lejana irradiaba destellos de luz fúlgida, verdeciendo en una florescencia brillante. Bandadas de palomas que, semejabán un blanco cortejo de desposadas, cruzaban el espacio con rapidez vertiginosa, destacándose sobre el azul del firmamento... Pero al lado de esta decoración esplendente y contrastando con ella, sin duda para que resaltara más su magnificencia, la cuesta de San Vicente se aparecía á sus ojos sucia, enlodada...

Había llovido la noche anterior. Charcos de agua impura exhalaban vapores molestos, y el légamo amontonado obstruía el arroyo, dificultando el andar de los coches. El constante batidero de éstos sobre la vía empeoraba su mal estado, y el vehículo chirriante daba tumbos como un beodo. Juan recordó entonces las calles desniveladas de su pueblo, y fué más vivo el recuerdo al ver á un lado casas de mezquino aspecto y paredes desconchadas...

De pronto, todos los pensamientos de su cerebro convergieron á un mismo punto, como los radios de un círculo. Cesó en el curioso examen de los lugares que atravesaba, y recostado en el fondo del coche, se entregó á una recapitación rápida y sucinta de su vida y del nuevo medio social en que iba á encontrarse.

Deseaba llegar cuanto antes á la casa por él elegida. Desde que supo que María, la antigua compañera de sus juegos de niño, estaba separada de su marido, y para procurarse recursos acudía huéspedes, no vaciló un momento en la elección.

¡Cuánto tiempo transcurrido! ¡Qué cambiada debía estar! La recordaba vagamente.... A los ocho años, María se vino á Madrid con un tío suyo y ya

nunca más la vió; pero sus ojos verdes, grandes y rasgados, no se habían borrado de su memoria....

La calle del Sacramento estaba próxima, y al poco rato Juan llamaba á la puerta de la casa.

Una voz infantil gritó desde dentro; transcurrieron unos segundos, se oyó el rechinar del cerrojo al roce de las armellas, y Juan encontróse delante de una joven y una niña.

—Usted es D. Juan—dijo la primera alegremente.—Le he reconocido en seguida.

II

La casa respiraba una atmósfera de paz y orden. Todo aparecía arreglado con el mayor esmero, limpio y bruñido. Se apreciaba el influjo de un espíritu cuidadoso y delicado. Los muebles que vacerían arrumbados en una mansión lujosa, se ostentaban aún, gracias á prolijos afanes, flamantes y en buen uso, viéndose la sala de recibir y el comedor, adornados coquetonamente con vasos de porcelana llenos de flores, pero no de esas de trapo, inodoras y antipáticas, sino de las que alegran la vista y seucen al olfato. De las paredes colgaban cuadros devotos, en los que el sentimiento religioso predominaba, anulando casi al artístico. Jaulas con canarios contribuían al aspecto animado del comedor, que era la pieza más espaciosa de la casa. Un armario con varios anaqueles, un estante de madera con baratijas diversas, dos ó tres mecedoras, macetas sobre la mesa redonda, y una sillería de yute, completaban el ajuar modesto, pero decoroso, de la estancia.

No había entonces más que dos huéspedes, y para eso, uno de ellos, D. Aniceto Rodríguez, se fué á los pocos días. Era el nombrado, señor ya entrado en años, de carácter bonachón, y el cual andaba hacia ya largo tiempo tras la resolución de un maldito expediente que amenazaba acabar con su paciencia, y que era causa de que D. Aniceto, con voz gutural y campanuda, despotricase contra los malos gobiernos que se sucedían en España, acusándoles de concussionarios, de prevaricadores... y de hacerle gastar en viajes inútiles.

El otro huésped era doña Prudencia, una pensionista anciana, supersticiosa, rutinaria y de costumbres extravagantes, que, gustando de la soledad y el recogimiento, se pasaba tardes enteras encerrada en su cuarto, sin comunicación con persona alguna y entregada por completo á rezos ó á sortilegios, pues parecía tener más de bruja que de santa.

A la hora de comer salía refunfuñando, fruncido el peludo entrecejo y la mirada dura, con el brillo metálico del acero. No cambiaba más palabras que las necesarias, y aun éstas las dejaba sin concluir, como si las últimas sílabas se le quedasen extraviadas entre los dientes postizos, de que se servía. Era de condición tan áspera, que se amohinaba en seguida, creyendo ser objeto de burlas ó desvíos; y mujer más pronta al enojo y de genio tan nimiamente enfadadizo, no la hubo nunca.

En las pocas ocasiones que hablaba largo y tendido, era para disputar por cualquier bagatela con la criada, una gallega dura para el trabajo como un caballo percherón, de ademanes groseros, que descubrían su calidad bajuna, larga de lengua y corta de alcances.

El amor de doña Prudencia era el gato, un animal grandullón, del que se podía decir con Lope de Vega:

«Era el gatazo de gentil persona,
ojos alegres, niñas mesuradas,
de color de esmeraldas diamantadas...»

Todos los personajes que he citado son tan accesorios, que es fácil no volváis á saber de ellos. No os figuréis, pues, que ni el bonachón D. Aniceto, ni la gruñona doña Prudencia, ni la criada, larga de lengua y corta de alcances; ni el gato de ojos alegres, han de influir poco ni mucho en el curso de esta historia, pues si tal creyérais, el desengaño sería con vosotros.

Lo que he dicho ha sido como la decoración con que exorno al drama. Ahora os anuncio, á modo de actor griego, que se basa en la hermosura de una mujer, en la graciosidad de una niña y en el enamoramiento de un hombre.

III

He hecho referencia de la hermosura de una mujer y del enamoramiento de un hombre, y en verdad que María era digna del calificativo de hermosa, por lo que no fué nada extraño que Juan se prendase de ella. Su tez blanca y fina tenía la transparencia del alabastro; su mirada lánguida y placentera prestaba á su semblante un encanto sin límites, y cuando

hablaba era tan dulce el timbre de su voz, que todas las fibras del alma de Juan se estremecían como teclas de un piano, heridas por una mano femenina.

En todos sus ademanes mostraba gran circunspección, anudando de singular manera la gracia con la seriedad. Jamás salía de sus labios nada que fuese descomedido ni que traspasara los linderos del decoro; pero al mismo tiempo, no era tampoco de carácter pacato, ni su moderación rayaba en lo excesivo; gustando, por el contrario, de la alegría y el esparcimiento.

Todo en ella se mostraba espontáneo como don natural, no como resultado de industria ni artificio alguno. Llevaba tan bien aquel sencillo traje de casa, que su belleza aumentaba por una ingénita elegancia. Era de las mujeres que no necesitan perifoneos, atavíos ni perendengues, sino que la joya de su hermosura brilla mejor cuanto más modesto es su tocado, del mismo modo que aumenta el resplandor de una piedra preciosa con la sencillez del engaste.

Su hija Luz, de poco más de cuatro años, era una niña ténue, grácil y afligranada como una figurita de biscuit ó un bibelot aristocrático. Tenía rubios cabellos que caían en rizadas guedejas sobre sus espaldas, ojos azules como zafiros y dos hoyitos en la barba tan seductores, que convidaban á cubrirlos de besos. Su risa fresca y argentina alegraba toda la casa, y su media lengua la hacía decir graciosos desatinos. Estaba en esa edad en que los niños constituyen la alegría de un hogar y en que todavía no dan otras preocupaciones que las que ocasiona el verlos enfermos.

María se pasaba largos ratos de arrobamiento filial.

—Ven acá tú—la decía,—princesita de mi vida;—y sin cuidarse de la presencia de los extraños, jugaba con ella como una niña mayor que compartiera las distracciones de la pequeña. Era de ver entonces á una y á otra; con las mejillas encendidas, prodigándose besos y abrazos, hasta que la fatiga las rendía y la madre sentaba á la hija sobre sus rodillas entonando alguna canción divertida que sumía á Luz en un éxtasis de gozo.

Juan, dedicado por entero durante su primera juventud á los libros, no había pensado nunca en el amor... Las mozas de su pueblo le conocían por el «huraño», y en verdad que lo era, por su carácter desanimado y poco propenso á bullicios, bailoteos y otras zambras á que tan aficionada suele ser la gente joven.

Su espíritu despertaba á una vida nueva. Sentía que iba enamorándose de María, que toda su dicha se condensaba en aquella mujer que miraba con languidez encantadora... ¡Cómo explicar el desasosiego y las tiernas efusiones que dominaban su cora-



zón! En su presencia se sentía poseído de súbitos ardores y desfallecimientos. Le bastaba verla para que pasase por su cuerpo una oleada de fuego y quedara sumido en una especie de dulce somnolencia, en que percibía las palabras de la amiga como el sonido gustoso de una música grata.

Y cuando besaba á Luz, su mirada se iba hacia la madre y en el beso ponía su alma toda.

IV

Se fué estableciendo entre ellos una dulce intimidad... María le contaba su pasado sombrío, toda su

Banquete

MARKHEIM

POR

ROBERT-LUIS STEVENSON

Brillante en extremo fué el dado á la eminente escritora doña Concepción Jimeno de Flaquer, viéndose por primera vez en Madrid la entusiasta asociación de las damas á un banquete literario.

La señora de Flaquer pronunció un hermoso discurso, en que hizo notar que el hombre español empieza á sentir el deseo de asociar á la mujer á su vida espiritual, á su cultura y á sus ideales; recordó que en la Grecia clásica la mujer era la musa de los helenos, y terminó diciendo que no se puede prescindir de la mentalidad femenina sin cortar una de las alas del alma nacional.

Se pronunciaron delicados y elocuentes brindis, y durante toda la fiesta hubo un verdadero derroche de ingenio.

Entre las señoras, recordamos á la duquesa de Castro-Enríquez, marquesa de Faura y señoras de Lyas, Terrero, Manrique de Lara, Ribera, Ruiz del Arbol, Bonanza, Sánchez de Campomanes, Escudero, Delrieu, Borbolla, Miguel, León, Quirós y Barunat.

Entre los caballeros, figuraban los Sres. Romero Robledo, Antonio de Valvueda, Barón de la Basre de Flandes, Salvany, Campomanes, Pulido, Calatraveño, Verdes Montenegro, Montero, Ricardo Fuente, Cascales y Muñoz, Santamaría, Vignote, Bueno, Mengarini, Urbano García Goyanes, Gascón y el director de LA ILUSTRACION NACIONAL, don Práxedes Zancada.

—Sí—dijo el comerciante,—nuestros negocios son de distinta índole. Ciertos clientes son ignorantes, y entonces tengo una ganancia mayor, por razón de la superioridad de mi ciencia; otros son unos bribones—y levantó la palmatoria para que su luz cayera á plomo sobre el visitante,—y en tal caso, mi virtud es la que me proporciona el beneficio.

Markheim venia directamente de la calle, iluminada por la luz del día, y sus ojos no estaban aún acostumbrados á la mezcla de claridad y sombra de la tienda. A palabras tan directas y ante la llama próxima, respondió guiñando penosamente los ojos y bajando la vista.

El tendero continuó con sorna:

—Venís á verme el día de Navidad, cuando sabéis que estoy solo en mi casa, que he cerrado las maderas de las ventanas y que me creo en el deber de rehusar toda clase de negocios. Bueno; pagaréis por todo esto; pagaréis también por el tiempo que me estáis haciendo perder—iba á practicar el balance de los libros;—pagaréis, además, por la extraña actitud que en vos observo. Soy la discreción misma y no acostumbro á hacer preguntas inconvenientes; pero cuando un cliente no puede mirarme cara á cara, tengo por ley hacerle pagar también por esto.

El comerciante, que continuaba burlándose, adop-

vida con ingenua confianza de mujer... Se había casado sin gran amor, sugestionada é influida por los consejos de un tío suyo, con quien vivía, y que deseaba cuanto antes librarse de una carga que le era enojosa.

Su marido observó al principio una conducta regular; pero bien pronto le dominaron sus hábitos viciosos y se abandonó á culpables extravíos. Aficionado al juego y á la bebida, no había miramiento que le enfrenase ni consideración que le detuviera. Sus enajenamientos brutales convirtieron la existencia de María en un padecimiento continuo.

—Fuí una mártir—proseguía ella, mientras Juan la escuchaba embelesado.—Se lo sufría todo. Mi resignación, pensaba, tal vez le hará bueno. Oponiendo mi dulzura á su cólera, él moderará sus arrebatos... Pero ¡ah! fué vana mi esperanza. Lejos de corregirse, redobló sus excesos... Mis ojos se abrían sólo para llorar y mis labios para exhalar gemidos dolorosos... Me quedé tan delgada, que era un puro armazón de huesos... Cuando volvía ebrio, era temible; los gritos, las injurias y las imprecaciones contestaban á mis ayes lastimeros, y gesticulaba como un loco, iracundo, violento... Al día siguiente juraba que cambiaría de modo de ser, me pedía perdón con tiernas frases; pero sus buenas intenciones sólo duraban lo que la luz diurna, y por la noche volvía á repetirse la misma lucha sorda, implacable...

Yo me arrastraba á sus pies suplicante y le pedía por nuestra hija que no fuese así conmigo; pero él, en aquel estado lamentable, no podía albergar en su corazón ningún sentimiento generoso. Como era jugador, su pequeña fortuna iba desapareciendo poco á poco, y á medida que la miseria invadía nuestro hogar, era mayor la infamia y la irascibilidad de sus actos. Llegó, hecho un energúmeno, á poner sus manos sobre mí...

María, al decir esto, se estremecía dominada de terror, como si viese á su lado la mano amenazadora del ausente, y Juan pensaba en aquel cuerpo tan delicado que había sentido la impresión de los golpes.

—No fué eso solo. Se atrevió á más... La misma Luz, que entonces aún no tenía un año, sufrió también las consecuencias de su vida crapulosa y miserable... Pero aquel día, cuando yo ví que intentaba pegar á Luz porque su llanto le era molesto, me convertí en leona; me precipité sobre él, le arañé el rostro y mis dedos crispados quedaron manchados con su sangre y mis uñas arrancaron pedazos de su piel... Era ya imposible vivir juntos. Yo me fuí con mi tío y de él no sé lo que fué...

—¿Nada ha vuelto usted á saber de él?—preguntó Juan con ansiedad.

—Creo que marchóse á América, donde tenía un pariente millonario del que esperaba protección; pero de fijo nada sé...

—¿Se acuerda usted de él con afecto?

—¡Oh, no!...

—¿Le odia usted?

—Tampoco. Es el padre de mi hija. ¡Cómo odiar al que dió el sér á esa niña que es todo mi encanto, que constituye toda mi alegría! No; no puedo odiar á mi marido. No abrigo hacia él cariño, pero tampoco rencor.

—¿Qué alma tan magnánima la de aquella mujer, —se decía Juan al oír las palabras compasivas de perdón que respiraban effluvios de ternura!...

Tomaba alas su adoración á medida que el trato asiduo le hacía ver en María nuevos alicientes y atractivos. Ella se daba cuenta de la pasión que inspiraba, y aunque posible fuera que tanto por vanidad mujeril como por inclinación afectiva no le disgustase, lo cierto es, dicho sea en honor suyo, que con nada alentaba la hoguera amorosa que iba prendiendo en el corazón del médico; antes, por el contrario, á todos sus galanteos respondía con bien concertadas razones, dirigidas á disuadir á su adorador de un empeño, tan fuera de lo que á su recato consentía.

Sin embargo, como el fuego se propaga fácilmente y era Juan de apostura bizarra y palabra persuasiva, cada vez iba siendo mayor la atracción que María sentía hacia él; y cuando sus miradas se encontraban, brillaban con el mismo ardor las pupilas negras del hombre y las verdes de la mujer.

(Se concluirá.)

Lord Byron

SONETO

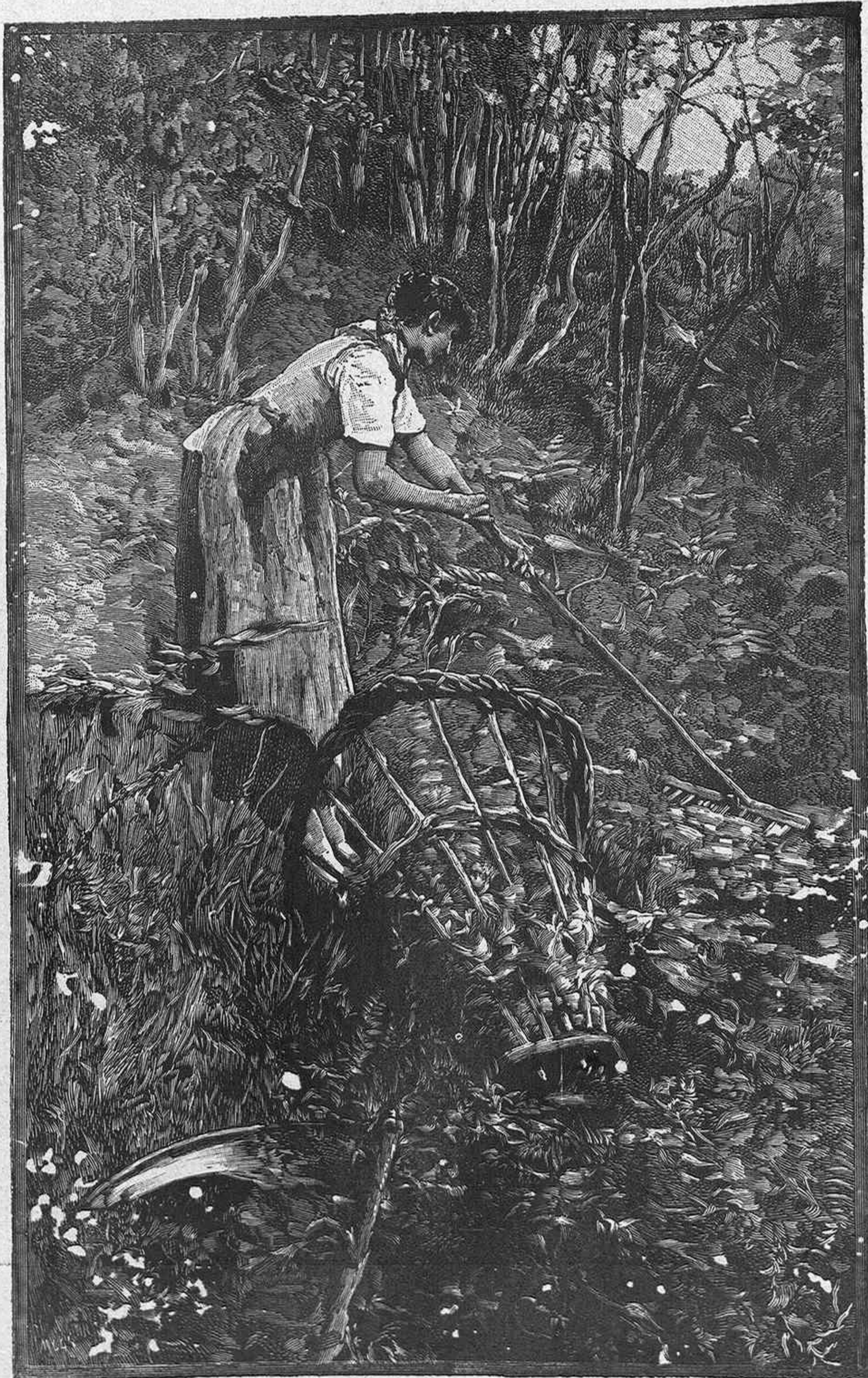
Nació sin duda para ser coloso
De magnates y reyes descendiente;
Poeta, apasionado, vehemente,
Escéptico, irritable y orgulloso.

Vivió buscando por el mundo, ansioso,
Mujer á quien brindar su amor ardiente,
Sin dar descanso á la atrevida mente
Ni á su cuerpo pacífico reposo.

Murió de amargo sinsabor henchido,
Dejando ver sobre su cuerpo herido
Los duros rasgos del dolor impresos...

Y oyendo, entre el sopor de la agonía,
Sus estrofas cantar en una orgía
De carcajadas lúbricas y besos.

MARIANO MIGUEL DE VAL.



FAENAS CAMPESTRES



ESPERANDO

tó de improviso su tono de voz mercantil, no exento de una ligera expresión de ironía.

—Podéis darme, como otras veces, una explicación clara del modo con que habéis llegado a ser propietario del objeto. ¿Pertenece, sin duda, a la colección de nuestro tío, que es, por cierto, un aficionado muy distinguido.

Y el viejo anticuario, pálido, con los hombros arqueados, se levantaba sobre la punta de sus pies, miraba por encima de sus gafas doradas, moviendo la cabeza en visible señal de incredulidad. Markheim le devolvió su mirada con otra, mezcla de piedad y repulsión.

—Esta vez—dijo—os habéis equivocado. No vengo para vender, sino para comprar. Ya no puedo disponer de nada; las paredes del gabinete de mi tío están desnudas hasta el techo, y aunque estuvieran llenas, los buenos negocios que he hecho en Bolsa me permitirían cubrirlos con más objetos. El motivo de mi visita es muy sencillo. Busco un regalo propio de Navidad, que destino a una señora—continuó diciendo, haciéndose cada vez más prolijo en su discurso, de antemano preparado,—y debo daros infinitas excusas por las molestias que os proporcionaré tan ínfimo negocio. Pero ayer se me olvidó, y es preciso que hoy, a la hora de la cena, entregue mi regalo. Comprenderéis perfectamente que un matrimonio ventajoso bien vale la pena de molestarse.

Siguió una pausa; el comerciante parecía medir todo el alcance de esta narración. El tic-tac de los muchos relojes, dispersos en el curioso barullo de la tienda, y el apagado ruido de los coches rodando por las calles vecinas, turbaban sólo el silencio.

—Perfectamente, caballero; admitámoslo—dijo el comerciante.—Después de todo, sois antiguo parroquiano, y si, como decís, estáis en camino de contraer un buen enlace, no será yo el que os lo perturbe. Aquí tenéis algo a propósito para una dama: un espejo de mano, garantizado, del siglo xv, que procede de una reputada colección, cuyo nombre me reservo en interés de mi cliente, que es también sobrino y único heredero de un coleccionista insigne.

Mientras hablaba con tono seco y mordaz, se inclinó para coger el objeto, y entonces Markheim experimentó en el cerebro un choque imprevisto de pasión tumultuosa, que se reflejó en su rostro. Impresión que partió con igual rapidez que había aparecido, sin dejar otro rastro que un ligero temblor de la mano, con la que asió febrilmente el espejo.

—¡Un espejo!—exclamó con voz ronca... Luego se detuvo y repitió con más claridad:—¡Un espejo? ¿En Navidad?... No le quiero.

—¿Y por qué?—preguntó el comerciante.—¿Por qué no os gusta?

Markheim le miró con expresión ambigua.

—¿Me preguntáis por qué?—dijo.—¿Por qué? Miraos en él. ¿Os place? ¿No? Ni a mí... ni a nadie. El viejo, que había retrocedido cuando Markheim le aproximó tan bruscamente el espejo, se tranquilizó viendo que nada peor le amenazaba, y burlonamente contestó:

—Parece que vuestra futura no debe ser muy hermosa.

—Os pido un regalo de Navidad—continuó Markheim,—y me entregáis este memento, condenado de años, pecados y locuras... esta conciencia manuable. ¿En qué pensáis? ¿Qué pasa por vuestra imaginación? ¿Contádmelo! ¡Os invito a que me lo digáis! Vamos, referidme cualquiera de vuestros secretos... Voy a aventurar una conjetura, porque en reserva os diré que me parecéis un hombre caritativo...

El anticuario miró a su compañero con atención. Caso extraño: Markheim no se chanceaba; por el contrario, en su rostro se reflejaba un vivo destello de esperanza, sin relación con la alegría.

—¿Qué queréis decir?—preguntó el viejo.

—No, bien lo veo—replicó el otro tristemente.—No sois caritativo, ni escrupuloso, ni honrado, ni amado, ni sois amado; sólo tenéis manos para acaparar oro y cofres para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Dios mío! ¿Eso es el hombre?

—Voy a deciros lo que es—interrumpió el comerciante amostazado: pero de nuevo chancero siguió diciendo:—¡Bah! Ya entiendo; como celebráis un matrimonio de amor, habéis bebido a la salud de la dama.

—¡Ah!—exclamó Markheim.—¿Habéis estado alguna vez enamorado? Contádmelo.

—¡Yo!—gritó el vejete.—¡Yo enamorado! Ni tengo tiempo para semejantes pamplinas. ¿Queréis el espejo?

—¿Que nos urge?—repuso Markheim.—¡Me es tan grato permanecer aquí charlando! La vida es tan corta e incierta que no quiero, por premura, dejar escapar ninguno de sus placeres... aunque sean tan triviales como este. Deberíamos asirnos, agarrarnos a los más fútiles motivos de placer, como se agarra el hombre en los bordes de un precipicio. Cada segundo es un abismo, sabedlo... un abismo de una altura de mil... de una altura tan grande que, si caemos en él, somos lanzados fuera de todo indicio de humanidad. Charlemos, pues, amigablemente. Hablemos el uno del otro. Quitémonos la careta. Seamos confiados y tal vez lleguemos a ser amigos.

—Una sola cosa tengo que deciros,—dijo entonces

el comerciante.—O compráis algo u os arrojo de la tienda.

—Es verdad, dejémonos de tonterías. ¡Al negocio, al negocio! Enseñadme otra cosa.

El anticuario se inclinó de nuevo para colocar el espejo en la anaquelera, y sus escasos y rubios cabellos le cayeron sobre los ojos. Markheim entonces se aproximó a él, con una mano metida en el bolsillo del gabán, se irguió rápidamente y respiró con fuerza, mientras los más extraños sentimientos se pintaban en su figura de terror, horror y resolución unidos a la repugnancia física. Su labio superior, levantado formando un pliegue feroz, dejaba ver sus blancos dientes.

—Esto tal vez le convendría—dijo el comerciante enderezándose.

Entonces Markheim saltó sobre él; un afilado puñal en forma de broche brilló un momento para sepultarse en sus espaldas. El avaro se estremeció como una gallina, tropezó con la frente en el estante y se desplomó en el suelo.

Por entonces, cerca de veinte vocecillas resonaron en la tienda; unas graves y lentas, como convenía a su edad avanzada; otras locuaces y rápidas. Todas marcaban los segundos en coro de entremetidos tic-tacs. Más tarde el paso de un chico, corriendo pesadamente por el empedrado de la calle, se hizo oír, apagando sus ruidos y volviendo a Markheim al pleno conocimiento de lo que le rodeaba. Miró en torno suyo con terror profundo. La bujía estaba colocada sobre el mostrador, su llama que oscilaba solemnemente, con movimiento imperceptible producido por una corriente de aire, llenaba la habitación de una agitación silenciosa, ondulante como el mar; las extensas sombras se desviaban; las masas de obscuridad aumentaban y disminuían, pareciendo que respiraban; los contornos de los retratos y de los dioses de porcelana, variaban y vacilaban como imágenes reflejadas en el agua. Por la puerta interior, entreabierta, penetraba en aquel combate de sombras una raya luminosa, semejante a un dedo índice extendido.

Los ojos de Markheim se fijaron en el cuerpo de la víctima; encogido, aplastado e inverosímilmente pequeño, aún mucho más que cuando vivía. Envuelto en sus sórdidas vestiduras de avaro, con la cabeza dislocada, yacía el pobre viejo como montón de polvo. Y pensar que Markheim le había tenido miedo....

Sin embargo, al mirarle fijamente, le pareció que aquel paquete de harapos y aquella charca de sangre, se expresaban con elocuentes acentos. Allí debía permanecer sin que nadie removiese su osario; sin que nadie provocara en él el milagro del movimiento... Así permanecería hasta que le encontraran. ¡Encontrarle!... Sí, ¿y entonces? Entonces, de aquella carne muerta, saldría un grito que resonaría a través de toda la Inglaterra y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Sí; muerto ó vivo, el enemigo era el mismo.

«Hubo un tiempo en que los cerebros fermentaron», pensó, y la palabra «tiempo» se incrustó en su imaginación. El tiempo, ya el crimen ejecutado, no existía para la víctima; pero era asunto capital é importantísimo para el asesino.

Este pensamiento ocupaba por entero su cerebro; cuando primero una, después las demás, todas con sus diferencias de medida y de timbre; ésta, profunda como campana de torre; aquella, con sus notas agudas, preludiando un ardiente vals, dieron las tres de la tarde las campanas de los relojes.

El rápido desencadenamiento de tantas lenguas en la silenciosa sala, le causó profundo estupor. Comenzó a moverse de un lado a otro, con la palmatoria en la mano, acosado por las movedizas sombras, temblando hasta el alma, ante el azar de sus reflejos. En algún rico espejo de origen local ó que tal vez procediera de Amsterdam y Venecia, miraba su figura repetida, repetida como ejército de espías; sus propios ojos le denunciaban; el sonido de sus pasos, por ligeros que fueran, turbaba la calma que le rodeaba. Y al mismo tiempo que llenaba los bolsillos, su espíritu le demostraba con repetición enervante las mil faltas de su plan. Hubiera debido elegir una hora más tranquila; preparado alguna circunstancia eximente; no servirse de un cuchillo; tomar más precauciones; atar y amordazar al viejo en lugar de matarle ó quizás, más intrépido, asesinar también a la criada; en una palabra, hacer las cosas de otro modo: lamentos punzantes; incesante y fatigoso trabajo cerebral para cambiar lo irrevocable y reedificar un pasado para siempre abolido. A la vez de esta actividad, los más infundados temores, como el causado por una huida imprevista de las ratas en el desierto desván, llenaban tumultuosamente las más recónditas celdas de su cerebro: la mano del polizón caía sobre su hombro, torciéndole los miembros como los del pez preso en el anzuelo; ante su vista desfilaban en vertiginoso galope el tribunal, la prisión, el cadalso y el negro ataud.

El terror a las gentes que transitaban por la calle, se apoderó de su espíritu como ejército invasor. Es imposible—pensaba—que algún ruido de la lucha no halla llegado hasta ellos y despertado su curiosidad, y ahora en todas las casas vecinas deben estar atentos é inmóviles... gentes solitarias, condenadas

en aquel día de Navidad a refugiarse en los recuerdos y bruscamente turbados en su estación sentimental; dichosas reuniones de familia enmudecidas en torno de la mesa, la madre con el dedo levantado; todos, sí, todos en sus propios hogares escuchando y tejiendo la palabra que le pierda. Algunas veces le parecía que no andaba con la suficiente cautela; que las grandes copas de Bohemia al chocar resonaban como campanas, y alarmado por la continuidad de los tic-tacs, pensó detener la marcha de los relojes. Luego, por una brusca transición del miedo, el silencio mismo del lugar, se le antojó fecundo en pesadumbre; aquel silencio insólito debía sorprender al paseante. Recorría entonces la habitación con paso osado, removiendo ruidosamente los cachibaches de la tienda é imitando con forzada bravata, las idas y venidas de un hombre ocupado en las atenciones de su casa.

De tal modo le importunaban tan diversos temores, que mientras una parte de su cerebro permanecía prevenida y lúcida, otra se aproximaba a los confines de la locura. Una alucinación, entre otras muchas, se apoderó fuertemente de su credulidad. El atento vecino, la figura pálida escuchando tras la ventana, el transeunte detenido en la calle por horrible sospecha... todos estos no podían sino conjeturar, no podían conocer la exacta verdad a través de los tabiques de ladrillo y de las maderas de los balcones. Pero ¿estaba solo en la casa? Sí, estaba solo; había acechado la salida de la criada que iba de paseo con su novio, alegre y endomingada, con la satisfacción escrita en el traje y en la sonrisa. Sí, estaba solo; y, sin embargo, por encima de su cabeza, en la casa vacía, se percibían a modo de ligeras pisadas... Era consciente, inexplicablemente consciente de alguna presencia. En los cuartos y rincones de la casa su imaginación la seguía; tan pronto, era una cosa sin rostro pero dotada de ojos para verle; tan pronto su propia sombra ó la imagen del comerciante muerto, reanimado por la astucia y el odio.

Algunas veces, con esfuerzo violento, dirigía un vistazo a la puerta abierta que parecía rechazar sus miradas. La casa grande, la lumbrecia pequeña y sucia, el día oscurecido por la niebla, hacían débil en extremo la luz que se filtraba hasta el piso bajo, ostentándose vagamente en el umbral de la tienda.

Y sin embargo, ¿en aquella franja de luz dudosa no se balanceaba una sombra grotesca?

De repente, fuera, en la calle un individuo bromista, se puso a golpear con el bastón la puerta de la tienda, acompañando los golpes con gritos y llamamientos al dueño de la casa.

(Se continuará.)

Traducción de José Guas.

EN LOS JARDINES



¡Caracoles! Me he gastado esta noche dos pesetas.

Carlos da Silva é Souza
Caixa, 71.—Bahía (Brasil)

Desea recibir hojas con sellos á escoger, enviando á cambio sellos buenos del Brasil.

Polvos Dentíficos „Botot“

Eau de Botot

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos.
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos.
Noticia en cada caja.
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABR. CANTES.
PARIS. Farmacia Leroy y principales P^{as}

ROMERO, IMPRESOR. — LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey, de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port Said, Suez, Aden, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio del Norte: Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela Colombia.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York Habana, Progreso y Veracruz.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaíso, con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

MEDIO MILLÓN DE SEÑAS

Acaba de publicarse el *Anuario de la Exportación, Industria y Comercio*, para 1901.—Paseo Isabel II, 8, Barcelona.

CONTIENE: Las señas de **Barcelona** por apellidos y profesiones.

Las del resto de **España**.

Las de todas las naciones de **Europa** y de las **Américas** latinas.

Aranceles de Aduanas de las mismas naciones.

Informaciones para el desarrollo comercial.

Estadísticas de exportación é importación, etc., etc.

Precio en Barcelona, **12,50** pesetas.—En el resto de España, **15** pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS



VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1



CALLIFLORE FLOR de BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. **En la Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, París** y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENINSULA

Trimestre. 4,50 pesetas.

Semestre. 9 —

Un año. 18 —

EXTRANJERO

Semestre. 12 —

Un año. 24 —

Anuncios y reclamos precios convencionales.